



La Universidad de Salamanca ha contado siempre, en su facultad de letras, con algunos grandes maestros. De entre los que me dieron clase, en mis años universitarios, he de recordar, por todo lo que me enseñaron, los nombres del aragonés Federico Torralba Soriano, que afianzó mi interés por el arte; de Cirilo Flórez Miguel, que, de un modo ordenado y lúcido, me enseñó a leer filosofía; de Santiago de los Mozos, que nos introdujo en los análisis estructurales de poesía y narrativa, de la mano, en este último campo, nada menos que de Vladimir Propp, de cuya 'Morfología del cuento' tengo la primera edición castellana, que fue la que lei y utilicé en aquel curso; el excelente novelista luso, Joao Palma Ferreira, lector entonces de portugués, asignatura que cursé en mis estudios de filología románica; José Antonio Pascual, tan cordial y sabio, que me dio clase de catalán; o, en fin, del irrepetible Antonio Llorente Maldonado, sabio en las cuestiones que le apasionaban, como la toponimia, o la historia de la gramática, materias ambas de las que saqué un buen provecho; de hecho,

HEBRAS DE TIEMPO
JOSÉ LUIS PUERTO
ESCRITOR

EN MEMORIA DE
RICARDO SENABRE

Era un maestro sagaz que daba una nueva visión de la literatura



me sugirió que hiciera una pequeña investigación sobre la toponimia menor de La Alberca, mi pueblo, algo que llegué a realizar (todavía guardo las fichas), recogiendo -ayudado por mi abuelo Pablo y por Genaro, el pastor, tan buen conocedor de todos los enclaves de Batuecas- más de setecientos topónimos de su término municipal.

Acuden a mí estos recuerdos de mis años de formación universitaria salmantina, porque acabo de enterarme del fallecimiento de otro maestro de la facultad de letras de la universidad de Salamanca: Ricardo Senabre Sempere, ali-

cantino de origen (había nacido en Alcoy en 1937), pero salmantino de querencia y de vida, pues no solo estudió filología románica en nuestra universidad, sino que llegó a ejercer en ella como catedrático de crítica literaria.

No tuve la suerte de que Ricardo Senabre me diera clase. En primero de comunes, donde él enseñaba a uno de los varios grupos que había, no fue docente del mío; pero entraba en sus clases a escucharlo -lo mismo que hacía con algunas de las de Michelena-, porque descubría en ellas a un maestro sagaz, que me daba una nueva visión de la literatura, que me re-

sultaba muy provechosa.

Luego tuve la fortuna, con el paso de los años, de escucharlo en distintos foros, derramando siempre su maestría filológica. Recuerdo, en concreto, en mis años de docencia en Sevilla, cómo, en un congreso de literatura, organizado por la universidad sevillana, en su facultad de letras, Ricardo Senabre dio una lección magistral sobre 'Perito en lunas' de Miguel Hernández.

Era un crítico literario exigente y penetrante, tal y como podíamos comprobar, semana a semana, en el 'ABC Cultural' y en 'El Cultural'. Sus reseñas nunca eran arbitrarias, sino ponderadas y apoyadas en sus múltiples saberes filológicos.

En su momento, en un periódico salmantino tan querido y que ya forma parte de la historia, como fue 'El Adelanto', le dediqué una de mis columnas, que titulé 'Maestro Senabre', donde expresé todo lo que con sus libros, reseñas, clases y charlas había aprendido.

El trató de dar conmigo para agradecerme. Lo hizo personalmente en León, en una de sus intervenciones, en aquel proyecto, que tan poco durara, impulsado

desde el gobierno de Zapatero, titulado 'Leer León'. Nos saludamos, charlamos con fluidez y me dio las gracias por mi artículo en torno a su tarea investigadora y docente. Días después, por correo postal, recibiría uno de sus libros, dedicado de puño y letra, también como expresión de gratitud.

Creo que Salamanca le debe algo a Ricardo Senabre. Ha enseñado a varias generaciones de estudiantes en la Universidad salmantina. Lo mismo que también se lo debe a otro eminente profesor levantino, que fuera Francisco Tomás y Valiente, al que veía día a día, todas las mañanas, camino de la universidad, por la calle de la Rúa adelante, brutal y bárbaramente asesinado por eta, lo que supondría una enorme pérdida para el derecho español.

Ricardo Senabre estará siempre asociado, en la memoria de sus alumnos y discípulos, con el maestro riguroso y sabio, al tiempo que apasionado por las disciplinas humanísticas de la filología y de la literatura española, que tan clarividente y amenamente supo transmitir a quienes tuvimos la fortuna de toparnos con él en la vida.